("El Mercantil Valenciano", Valencia, 18 junio 1920)

CASA MUSEO UNAMUNO

6250

O. C. tomo X

Una glosa de intermedio

A Xenius.

Leo mi último artículo publicado en estas columnas; el del sábado 12. En rigor no debería haberlo leído. No debe un escritor volver a leer los escritos que publicara. ¿Volver a leerlos? ¿Pero es que los leyó mientras los escribía? Yo, por lo menos, no; no suelo leer lo que escribo mientras lo estoy escribiendo. Lo mismo que no me oigo cuando hablo.

¿No te has fijado, lector, en esos de quienes se dice que se oyen a sí mismos, o mejor, que se escuchan mientras están hablando? A mí me resultan insoportables. Son aquellos de quienes se dice que hablan como un libro. Y lo que nos hace falta es libros que nos hablen como hombres. Con todas las íntimas contradicciones del hombre. Y respecto a los que van leyendo lo que escriben...

He leído, pues, y no que haya vuelto a leerlo, mi artículo «Borrascas de verano», que apareció aquí el sábado 12. Lo cual es como volver la vista atrás cuando se está arando, y es cosa que se condena en las Escrituras. Pero lo he leído y me he encontrado en él con una de esas equivocaciones garrafales que suelo cometer de cuando en cuando. ¡No es una errata, no! No es cosa del cajista ni culpa del corrector. (Otras veces sí.) Es que pongo una palabra por otra. Y ello porque no voy leyendo lo que escribo.

No hace mucho un amigo inglés, excelente escritor, que está traduciendo a su lengua mi libro «Del sentimiento trágico de la vida», me preguntaba: «¿Por qué le llama usted aquí a San Pablo, Pablo de Efeso? ¿No era de Tarso? Y le contesté: «En efecto, de Tarso y no de Efeso era, y si le llamé ahí así fué porque ni lo leí cuando lo escribía ni lo leí cuando corregí las pruebas.» Y en otros pasajes del mismo libro se le llama de Tarso.

Y lo que han explotado algunos papanatas estas mis... distracciones. ¿Distracciones? Acaso otra cosa.

En el artículo sobre que vengo dando vueltas — ¡dar vueltas es mi sino! — escribí — ¡sin duda! — que los seis mil moros de que acaso se podría disponer para segadores esquiroles en España se irán a... Australia. ¡A Australia! ¡Ahí es nada! ¿Llevar moros a Australia? ¿Quién y a qué? El lector desprevenido y sencillo caería en la cuenta de que eso era una errata mía, no de imprenta. Y así es. Y a poco que sepa comprendería que quise escribir a Argelia.

Pero el problema para mí es otro. ¿Por qué escribí Australia en vez de Argelia? ¿Por qué en el otro caso puse Efeso en vez de Tarso? ¿Por qué tan a menudo, y cuanto más envejezco tanto más sustituyo un vocablo por otro, un concepto por otro? ¿Es culpa mía sola o entra en algo el tormentoso ámbito en que vivimos? ¿O no se hace uno su ámbito propio?

Acaba de pasar por esta ciudad de Salamanca el escritor catalán Eugenio D'Ors, más conocido por «Xenius», que vino a darnos una conferencia sobre la dialéctica y el principio federativo. La federación es, según nuestro amigo «Xenius», la concordancia de las variedades dialécticas. Ya Proudhon, el hegeliano, lo estableció así, y de Proudhon nos lo trajo Pi y Margall a España.

«Xenius» nos decía aquí anteayer que la dialéctica se resuelve en ironía y que en este arte de la dialéctica irónica culminó Sócrates. Y después de haberle oído decíale yo que si hay la dialéctica hay también otro juego de oposiciones y es la polémica, y que si la dialéctica es irónica la polémica es trágica, y que si en aquélla fué maestro Sócrates, en ésta lo fué Job. Job, que se llamaba a sí mismo «hijo de contradicción».

Hijo de contradicción y padre de contradicciones se siente el que estas líneas, sin leerlas, os dirige ahora, lectores. Y su arte, arte trágico, es la polémica; la polémica más bien que la dialéctica, que es arte irónico.

No, no, no puedo sonreir de las contradicciones íntimas que desgarran mi conciencia, ni puedo, por lo tanto, superarlas con la ironía. ¡Mi señor D. Quijote me libre de ello!

Nuestro Libro, el Libro de España, no es un libro de ironía. Cervantes no era irónico. No es ironía la trágica burla del «Quijote», del Libro. Y D. Quijote llega a la cumbre de su perfección, llega a la sublimación de su espíritu cuando se ríe dolorosamente de sí mismo, cuando se ve soberanamente ridículo a sus propios ojos. En este propio ridículo se deshace, pero para rehacerse más alto y más hondo.

¡Ay de los que en las borrascosas luchas que nos envuelven vemos y sentimos la razón de los unos y la de los otros, sus contrarios, y bajo el mismo respecto! ¡Ay de los que sentimos la grandeza de la lucha misma! Las diferencias dialécticas podrán resolverse en la federación, que es algo así como la «coincidencia de los opuestos» del Cusano, de aquel cardenal que precede a Hegel; pero las contradicciones polémicas, ¿en qué se resolverán?

Ya véis, pues, lectores, cuál puede ser la fuente última de donde broten hasta esas leves burbujas de mis trabucamientos y confusiones de palabras. Pero yo os aseguro que es gracias a ello que me oiréis más de una vez verdades desnudas que no oiréis a otros. Por equivocarme en esas cosillas no me equivoco en lo fundamental, en lo profundo. Y creedme que los que vemos la tragedia de la polémica somos los que vemos hasta más dentro la realidad eterna. ¡Fiaos de mí!

Miguel de UNAMUNO.

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES